

¡Valiente comunismo el tuyo si se reduce tan sólo a pretender la desaparición de las clases sociales! ¡Desaparecerán las clases, no te quepa la menor duda! ¡Claro está! Pero ésa sólo es una etapa hacia el advenimiento del hombre. El hombre no ha nacido aún, entre muchas otras cosas, porque las clases no lo dejan nacer. Los hombres se han visto forzados a pensar y luchar en función de sus fines de clase y esto no los ha dejado conquistar su estirpe verdadera de materia que piensa, de materia que sufre por ser parte de un infinito mutable, y parte que muere, se extingue, se aniquila. ¡Luchemos por una sociedad sin clases! ¡Enhorabuena! ¡Pero no, no para hacer felices a los hombres, sino para hacerlos libremente desdichados, para arrebatarnos toda esperanza, para hacerlos hombres!

—José Revueltas

Los días terrenales

Roberto Escudero
**José Revueltas:
política
y teoría**

José Revueltas murió el 14 de abril de este año, apenas unas semanas antes había asistido a la Rotonda de los Hombres Ilustres, a la ceremonia en la que los restos de su hermano Silvestre fueron inhumados en presencia del presidente de la República. Los periódicos vespertinos del día anterior habían consignado la posibilidad de que varios de los que habían caído presos debido a los “disturbios” o los “sucesos” de 1968 [nótese cómo la prensa comercial mexicana, al referirse en estos términos al año del movimiento estudiantil-popular, le concede un carácter meramente episódico, despojándolo de su densidad histórica, como si los “disturbios” hubiesen ocurrido, en su contingencia misma, nada más para hacer verificable el lema olímpico: “todo es posible en la paz”] volvieran a la cárcel pues ya se les había sentenciado y la sanción podía hacerse efectiva en cualquier momento. Revueltas se convertía así en el protagonista involuntario de una situación medio cómica y muy absurda y contradictoria: o atendía a las palabras del juez que acababa de sentenciarlo y se escondía o permanecía en su casa en espera de la policía, o escuchaba y aceptaba la invita/clon, del señor presidente para asistir con él a la ceremonia en homenaje a su hermano. Una llamada telefónica resolvió la situación: era Rodolfo Echeverría, hermano del presidente y amigo personal de Revueltas, quien le decía que Luis Echeverría le había pedido lo llamara, que el asunto de la sentencia no era más que un recurso jurídico, una mediación destinada a resolver de una vez por todas el problema que suscitaban los ex-presos del 68, que el presidente lo saludaba y lo esperaba a las puertas de la Rotonda, quería entrar con él del brazo. Revueltas llegó vestido de manera absolutamente informal, “desentonaba”, me cuenta el amigo que lo acompañó a la ceremonia.

José Revueltas murió en abril del presente año, en momentos en que la escena política del país se caracterizaba por el apogeo de la campaña electoral de José López Portillo para la presidencia de la República. Bajo el lema de: “La solución somos todos” (*Todos* no uniforma, sino distribuye, nos aclara el PRI), en ¹abril asistíamos a la *mise en scène* en la que sexenalmente la democracia mexicana se renueva, el país entero se había convertido en una gigantesca parafernalia destinada a realzar el acto político por excelencia, el que legitima, en

¹ Ed. Posada, México.

la cúspide misma del poder, la totalidad de las instituciones mexicanas: las elecciones presidenciales.

En 1975, se había reeditado un libro de Revueltas: *México: una democracia bárbara*, en el que el autor “desentonaba” respecto del coro de apologías y autohalagos oficiales (provenientes del gobierno) y semioficiales (provenientes del PRI) respecto del sistema y el proceso electoral.

Las elecciones mexicanas implican la renovación formal del mismo poder que se inaugura bajo el lema de “Sufragio Efectivo. No Reelección”. La vasta, poderosa y omnipresente propaganda electoral, y la consiguiente ideología que despliega, y que se puede sintetizar en la afirmación de que el hecho de votar es el ejercicio más alto de la democracia, en el que ésta se continúa y se confirma, no aciertan a borrar la imagen popular que desmitifica el carácter antidemocrático de la elección —en realidad hecha mucho antes del primer domingo de julio— del presidente en turno: el “tapado” resume, de manera relampagueante, la práctica viciosa y autoritaria, con la que, haciendo de lado una mínima consulta popular, se designa al candidato del partido hegemónico.

El tapadismo es, para Revueltas, el modo que ha encontrado el grupo políticamente dominante para cambiar de manos la estafeta de la presidencia, sin afectar en lo fundamental los intereses históricos de ese grupo dominante, cuya permanencia se ve así garantizada al mismo tiempo que se satisface formalmente el requisito democrático maderista de la renovación del ejecutivo. En el prólogo a la reedición, escrito en marzo de 1975, Revueltas lo define: “el tapadismo: una variante de la No Reelección, pero diferida cada vez a otra persona de entre las seleccionadas para reelegir a la élite del poder, siempre igual a sí misma”.²

Revueltas escribió este libro en 1957, un poco después de que Adolfo Ruiz Cortines rindiera su penúltimo informe presidencial, y lo publicó en la segunda mitad de 1958, cuando ya se habían desarrollado los movimientos de los telegrafistas, electricistas, petroleros y maestros. Durante ese año, además, se había venido gestando el movimiento ferrocarrilero. La escena política, pues, registraba la entrada en acción del incipiente, pero ya digno de tomarse en cuenta, movimiento de insurgencia obrera; en todos los casos, demandas puramente económicas habían llevado a las bases sindicales a cuestionar la dirección misma, es decir, reivindicaciones estrictamente económicas habían desembocado en reivindicaciones políticas enraizadas en un suelo común: el anhelo, al principio difuso pero fortalecido cada vez más como una voluntad precisa, de independencia y democracia sindical que culmina en la gran lucha ferrocarrilera de 1958-59 dirigida por Demetrio Vallejo.

² Ibid., p. 10.

Si bien Revueltas no hace más que una referencia a estas luchas en la *Advertencia* a la publicación de su libro, éstas pertenecen al paisaje político que rodea la aparición de *México: una democracia bárbara*. El libro está escrito en un estilo nervioso y directo, se divide en una serie de capítulos muy breves que tienen la forma y la intención del artículo periodístico, aunque la concepción global de los asuntos abordados rebasa con mucho los límites de un trabajo impresionista y empírico. En este libro, Revueltas se integra a esa gran tradición revolucionaria cuyos orígenes paradigmáticos se encontrarían en los propios Marx y Engels, y que consiste en el tratamiento concreto de un proceso concreto, no para enmarcarlo en las grandes categorías históricas concebidas de antemano, ni para ilustrarlas y ratificarlas simplemente, sino para que de ese tratamiento y de ese proceso concretos, se deriven orgánicamente tanto las estructuras históricas en que se manifiestan, como la dialéctica interna que los rige. Así, por ejemplo, trabajos como *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*, *El 18 brumario de Luis Bonaparte*, *La guerra civil en Francia*, de Carlos Marx, constituyen, a la vez que magistrales análisis históricos en que se desmontan todas las piezas que concurren a la época estudiada, auténticas crónicas periodísticas, grandes reportajes que señalan lo específico de los conflictos, la escena habitada y habilitada por los personajes-actores de los dramas vivos de la historia.

El motivo que impulsa a Revueltas a escribir *México: una democracia bárbara*, se lo proporciona el informe presidencial que pronuncia Adolfo Ruiz Cortines en 1957, en el cual, ante la proximidad de las elecciones presidenciales que llevarían a López Mateos a la cabeza del gobierno, el jefe del ejecutivo invita a las fuerzas políticas del país a que analicen la sucesión presidencial con argumentos de altura en los que “lo que importe sean los programas y no los hombres”, y con los que la práctica política mexicana adquiriría rigores científicos y se elevaría por encima de la politiquería circunstancial que se fundamenta más que nada en las posibilidades adivinatorias a propósito del rostro real que oculta el tapado.

A lo largo del texto, Revueltas logra demostrar que el consejo del presidente no es más que un argumento ideológico con el cual logra distraer la atención de las fuerzas opositoras respecto del método que se usó en el pasado para su propia elección y que él ratificará para la de López Mateos. Lo que Ruiz Cortines realiza es un acto de verdadero prestidigitador político: el ocultamiento del mismo tapado, porque ni los ensayos acuciosos, ni los programas electorales elaborados con algo más que la simple adhesión a una persona, lograrán impedir que el próximo presidente sea el resultado de una llana imposición previa a las propias elecciones. La imposición, con todo, es *una imposición de clase*, y no deriva del capricho exclusivo de un gran elector o de varios, sino del interés

colectivo de la clase dominante. Así, la “victoria [...] consiste, ante todo y en primer lugar, en haber logrado *imponer la imposición* [subrayado de Revueltas]; es decir, haber logrado que todos acepten, a querer o sin ganas, el principio de que la actual clase gobernante es la única que tiene el derecho y la fuerza para seguir gobernando al país”.³

Pero para Revueltas la consecuencia más importante de esa victoria gubernamental, está en el hecho lamentable de que la izquierda mexicana —con las excepciones, según él, del Partido Comunista y el Obrero-Campesino—, representada amplia y típicamente por Lombardo Toledano, se haya sometido a la domesticación del gobierno, al aceptar del modo más acrítico y oportunista los supuestos esenciales de la imposición, aceptando las reglas del juego que el poder impone previamente a la actualización misma de la imposición:

Pero lo máspreciado del triunfo tapadista, para el bloque gobernante, fue el sometimiento de la izquierda. Esto parecía augurar, al futuro Presidente priísta, un plácido y dulce reinado sobre una Arcadia feliz donde la única oposición realmente peligrosa había sido anulada de antemano.⁴

La democracia mexicana, producto del desmantelamiento político del porfirismo, no es una democracia racional que respete ni siquiera la racionalidad parlamentaria de la democracia liberal. A la barbarie representada por la dictadura porfirista no se la deja atrás cabalmente: la mexicana es una *democracia bárbara*. Para Revueltas, la única posibilidad de fundar una real democracia que supere en efecto las mistificaciones políticas de la imposición, lejos de fundarse en ilusiones populistas de un cambio impuesto desde arriba, sólo puede arraigar en la opción popular organizada. La solución será pues revolucionaria o no será solución. Es esta opción popular la que define obsesivamente la significación de la obra política de José Revueltas; más concretamente, el proletariado será la punta de lanza que derribe la estructura de la dominación, por eso es que para Revueltas, en un país como México, en el que la práctica y la ideología burguesas no sólo son dominantes, sino casi absolutamente dominantes, importa sobre todo alcanzar la independencia práctica e ideológica del proletariado mexicano, importa sobre cualquiera otra consideración luchar por la creación del cerebro colectivo de la clase obrera, su partido. Esta idea central está en

³ Ibid., p. 101.

⁴ Ibid., p. 34.

la base del *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*,⁵ el único libro en el que Revueltas expone sistemáticamente sus ideas históricas y políticas respecto a esta decapitación del proletariado y su ideología, realizada por las clases dominantes desde los orígenes mismos de la revolución mexicana. A este libro llegaré más adelante, por ahora sólo basta reafirmar que es a la opción popular, a la izquierda en el sentido más amplio y claro del término, a la que José Revueltas concede, en lo que se refiere a la coyuntura que expresan las elecciones, la última palabra:

Por ello hay que insistir en que el problema de una renovación de los sistemas electorales y de una regeneración de la democracia en México no debe esperarse del poder público. Ésta es una tarea que está en manos de la oposición. Pero no de TODA oposición, sino de la única que puede ser eficaz y consecuente en un país como el nuestro: la OPOSICIÓN DE IZQUIERDA [mayúsculas de José Revueltas].

México: una democracia bárbara fue reactualizado por los propios actos y declaraciones del gobierno. Echeverría pidió el año pasado lo que Ruiz Cortines en 1957, la elaboración de un programa que privilegiara tesis e ideas, que diera consistencia teórica al futuro plantel directivo, fuera cual fuera el que lo encabezara. Nunca se sabrá si el presidente no fue escuchado, o si engañaba a sabiendas o si se engañaba a sí mismo, el caso es que hoy como ayer, López Portillo como López Mateos, fue el producto directo de una decisión oculta. El “corcholatazo” (término acuñado por el también recientemente fallecido Daniel Cosío Villegas) funcionó con la misma lógica implacable y tenebrosa con que ha funcionado siempre. La historia se repite y el libro de Revueltas confirma su vigencia. López Portillo, como López Mateos, una vez develado su sonriente rostro, resulta ser el mejor hombre que hay en México para llevar adelante las excelencias de la revolución. Revueltas decide que el libro sea editado porque sabe que el fenómeno de las elecciones sigue siendo una gran perversión, un recurso mañoso que legitima nuestra democracia bárbara.

Arnaldo Córdova sostiene⁶ que la revolución mexicana fue una revolución política que destruyó un poder, político por supuesto, pero que nunca llegó a hacerse una revolución social ; la primera utiliza el poder político para *reformar* la propiedad privada, la segunda destruye toda forma de propiedad privada sobre los medios de producción de esta manera

⁵ México, 1962, de este libro no se ha hecho, por desgracia, ninguna reedición.

⁶ En *La formación del poder político en México*, Ed. Era, México, 1972, pp. 24 a 34.

la revolución social engarza con la revolución popular, la que no queda conceptualizada como tal por el mero hecho de que participe el pueblo en ella, sino por el hecho de que lo haga en forma independiente y logre imponer como hegemónicos sus intereses específicos.

En el prólogo a la segunda edición, escrita poco más de un año antes de morir, Revueltas afirma que si bien el México que surge de la revolución “era un compuesto no sólo político, sino económico, social e histórico”, en realidad, y coincide de algún modo con el planteamiento de Arnaldo Córdova, se trata más bien de una subversión política limitada, en cuanto a las reformas económicas y sociales, por las necesidades objetivas de la *realpolitik*, en beneficio de la cual el poder político se recorta como un poder populista, dador de concesiones que nunca irán más allá de los intereses fundamentales de la clase dominante, como el respeto de principio a la propiedad privada, aunque revestido este poder con una ideología que se presenta con conceptos de la mayor universalidad posible, en la cual se disuelven las contradicciones. Vale la pena transcribir aquí una cita un poco larga del prólogo:

Ahora bien, este mismo propósito de no limitarse la democracia al campo estricto de la mera política (puesto que se ha inscrito constitucionalmente también como democracia económica y social) contiene dentro de sí, en forma inherente, a su propio contrario, o sea, la limitación *real* del hecho político que le exigía necesariamente concentrarse y reconcentrarse en el ejercicio del Poder, sin cuyos instrumentos, de otro modo, no iban a ser posibles las reformas sociales y económicas. Dentro de esta contradicción, las reformas sociales, entonces, pertenecen a la expectativa, en la esfera de la disponibilidad táctica (lo que se puede y no se puede hacer), mediatizadas por las necesidades pragmáticas del Poder y convertidas en Ideología, esto es, en una mistificación de lo real y en una falsa conciencia. (V. gr., ideología de los “factores de la producción” en lugar de la lucha de clases; ideología del Estado-Nación, por encima de la sociedad; ideología de la nacionalización y, concomitantemente, la “alianza popular” como superación de las contradicciones internas del etcétera).⁷

Pero el Estado no es simplemente, como ya lo había advertido Poulantzas,⁸ el Estado de una clase, es más bien la articulación política resultado de la lucha de clases, sin que esto signifique nunca su neutralidad ni su objetividad desplegadas por encima de la clase

⁷ *México: una democracia bárbara*, p. 8.

⁸ *Poder político y clases sociales en el Estado capitalista*. Ed. Siglo XXI, México, 1974.

dominante:

El compuesto social en que el Estado mexicano arraiga dentro de una magnitud circunstancialmente variable, lo constituyen las clases sociales, sin que deje por ello de ser un Estado de la burguesía que encuentra su sostén más vigoroso en las grandes masas domesticadas de la clase obrera, los campesinos y las clases medias.⁹

En el mismo volumen en el que apareció *México: una democracia bárbara*, se publicó una serie de reflexiones Revueltas con el título general de *Posibilidades y limitaciones del mexicano*, texto que leyó en una conferencia ofrecida en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, en fecha que ignoro. La década de los cincuentas se había inaugurado con la reedición de un libro de Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*;¹⁰ antes, en 1950, Cuadernos Americanos había editado *El laberinto de la soledad*, de Octavio Paz. Este libro es el más conocido de toda la serie de reflexiones filosóficas, psicológicas, estéticas e históricas sobre el hombre y la cultura mexicanos, que ocuparon sobre todo a lo largo de la siguiente década una buena parte de la producción y el consumo de los intelectuales mexicanos.

En 1952, la Editorial Porrúa y Obregón inicia la colección “México y lo mexicano” con *La x en la frente*, de Alfonso Reyes. Son muchos los escritores que se acercan al tema de la “autognosis” (según el término de Emilio Uranga) del mexicano. Este es el tronco común a partir del cual se ramifican coincidencias y polémicas, porque los cultivadores de esta tendencia, que llegó a ser casi un género, no siempre están de acuerdo: así lo que para Samuel Ramos significa un “sentimiento o un complejo de inferioridad” del mexicano, partiendo de las categorías psicológicas de Adler, para Emilio Uranga es una “insuficiencia”¹¹ que la ontología revela, y al revelarla, permite una radicalización cabal de la autognosis, radicalización necesaria para entender la complejidad del problema. Radicalización ontológica: llevar la reflexión al fundamento de toda ciencia particular, llámese psicología o historia; para Octavio Paz, observando las cosas¹² después de haber vivido el “año axial” de 68, el mexicano no es ni psicología ni ontología, sino historia. A estas alturas, muchas de las tesis expuestas, que suscitaban polémicas exacerbadas, no dejan de parecer ya discusiones en realidad irrelevantes, contradicciones nebulosas que no condujeron a nada, que no

⁹ *México: una democracia bárbara*, p. 21.

¹⁰ Espasa-Calpe Mexicana.

¹¹ *Análisis del ser del mexicano*. Porrúa y Obregón, Col. México y lo mexicano, n. 4, México, 1970.

¹² *Posdata*. Ed. Siglo XXI, México, 1970.

contribuyeron a la formación de una cultura nacional y universal a un tiempo, tal como la reclaman algunas páginas ya clásicas de Alfonso Reyes. Como quiera que sea, la década de los cincuentas se puede apreciar como un tiempo gastado en buena parte en la reflexión extensa e intensa de “lo mexicano”.

Aquí, Revueltas una vez más “desentona” en el educado ambiente de buenos modales y comedimiento con que los escritores discrepaban entre ellos. Para empezar, los alude, en un sentido peyorativo y quién sabe hasta qué punto justo, como “los intelectuales y profesores”. Después nos dice que si tropezamos con un intelectual, nos encontraremos “salvo excepciones, a un ser complicado y astuto, torturado de la manera más increíble por el infierno de la vanidad, retorcido, envidioso y lleno de oscuras represiones”.¹³

Pero no todo es crítica corrosiva. Revueltas es el único escritor que yo conozca que se acerca al tema con una postura y un método marxistas. Estudiar al mexicano, nos dice, significa situarlo en el terreno de sus relaciones concretas, surgidas a partir de sus condiciones materiales de existencia, transformadas una y otra vez por el mismo hombre, portador de una praxis que al transformar y humanizar a la naturaleza se humaniza a sí mismo. La praxis es siempre subversiva porque siempre violenta lo dado, lo re-crea a la medida del sujeto que trabaja. Dentro de este contexto es que puede hablarse de un concepto ligado estrechamente a la reflexión sobre lo mexicano, me refiero a “lo nacional”. Para Revueltas el ser nacional es el modo totalizante en que determinados sujetos se inscriben en el mundo merced a su praxis colectiva, praxis que se manifiesta a partir de un territorio común en relaciones económicas comunes, desarrollando (se en) un mismo idioma y una misma cultura (inexplicablemente Revueltas deja fuera de su análisis de lo nacional el factor cohesionante de lo político, la cuestión capital del Estado).

El hombre como sujeto de la praxis, el hombre como el único ser que al transformar la naturaleza transforma la su propia y se hace y rehace como humano, el hombre, en suma que es producto de su propio trabajo. Todas estas son nociones con las que inicia sus estudios cualquier estudiante de filosofía, sociología o ciencia política. Sin embargo, hay un aspecto directamente conectado con la obra política y teórica de Revueltas que llegado a este punto de mis notas me gustaría comentar. No creo equivocarme si afirmo que cuando expuso estas ideas, el marco explicativo resultaba todo un hallazgo en México; sus afirmaciones, junto con las que entonces y aún un poco antes expusieron algunos filósofos mexicanos, entre los que se debe contar muy especialmente a Adolfo Sánchez Vázquez, son precursoras del desarrollo que experimenta hasta nuestros días la bautizada por Gramsci “filosofía de la praxis”.

¹³ *México: democracia bárbara*, p. 121.

Los apuntes teóricos que aquí inicia Revueltas, se ven prolongados cuatro años más tarde, con la publicación del que es, como ya lo dijimos, el único libro en el que sistematiza y ordena tanto sus ideas a propósito de lo que se puede llamar en general la filosofía de la praxis, como sus ideas a propósito de la revolución mexicana, historia que se le presenta, *desde el punto de vista del proletariado*, que es el que asume desde luego, como la historia de una gran carencia: el proletariado mexicano perdió, en el curso del proceso revolucionario, dirigido por la burguesía, la posibilidad de conquistar su independencia teórica y práctica, la capacidad de “concurrir” históricamente ante la clase poseedora con las ideas que corresponden a su ser social concreto. En el *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza* se nos aparece el desarrollo del proletariado como la historia de un ser que ha crecido permanentemente decapitado, de un personaje que no está actuando su propio papel, sino otro, ajeno, que le es impuesto por el gran director y orquestador de la revolución, el burgués propietario, para cuyo beneficio ésta se hizo.

En el *Ensayo*, Revueltas reitera una verdadera vocación filosófica. Me parece que este aspecto de su obra, como tantos otros, no ha sido hasta ahora advertido por la crítica, y no me refiero, es claro, a la crítica literaria, sino a la muy escasa que se ha detenido sobre su obra teórica y política.

Me explico: de ninguna manera es el objeto de estas notas presentar a Revueltas como un filósofo (aunque creo que siempre acarició el secreto deseo de haberlo sido). Es claro que sus ideas en este terreno no llegan a lograrlo como tal, pero sí afirmo que las pocas (pocas comparativamente con el resto de su obra, por supuesto) páginas que a problemas filosóficos dedicó, registran la presencia de una auténtica vocación filosófica, que se manifiesta claramente en la agudeza con que maneja categorías abstractas y la lógica con que desprende conclusiones. Recuerdo particularmente un texto sobre “el fetichismo de la mercancía” de *El Capital*, escrito en Lecumberri en su última prisión y que desgraciadamente no tengo a la mano. Este es un texto estrictamente filosófico que debía ser conocido, en el que plantea de manera muy viva cómo el hombre dota a la mercancía de ciertos poderes que luego se vuelven contra él mismo y que le parecen sobrenaturales, por lo que lo imposibilitan para controlarlos.

El problema de la *enajenación*, si bien ahora es materia de uso común inclusive en el lenguaje cotidiano, en el que con frecuencia no se sabe su significado con alguna precisión, a principios de la década de los sesentas estaba confinado a los claustros académicos universitarios. Revueltas es de los pocos escritores no académicos que lo maneja y acaso el único, en aquella época, que lo trata por escrito. En efecto, en el *Ensayo sobre un*

proletariado sin cabeza, el libro arranca con una descripción sobre cómo la historia humana es, en un cierto sentido, la historia de las sucesivas enajenaciones a las que el hombre se ha visto sometido. La enajenación se puede entender, básicamente, como aquella relación entre el hombre y sus productos (los cuales pueden ser desde la simple mercancía hasta el complejo Estado político, pasando por el estrictamente ideológico de la religión) en la cual éstos, lejos de presentarse ante el hombre como una prolongación de sus propias fuerzas, se le presentan como un poder extraño y hasta hostil. El hombre no se reconoce, se extraña, se enajena en sus productos porque se enajena en el acto mismo del trabajo (en la época; de los *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, donde Marx aborda esta cuestión, todavía no llega al concepto de *fuerza de trabajo*, ni de trabajo concreto y de trabajo abstracto y, por tanto, aún habla de “trabajo” en general), el cual no le pertenece al obrero sino al capitalista. El punto nodal en el que se concentra la enajenación es la propiedad privada, la que debe entonces desaparecer, como tal relación enajenada, para que el hombre pueda vincularse libremente a sus productos.

Revueltas alude a la vertiente política de la enajenación: cobrar conciencia de ella es el primer paso para superarla. Esta toma de conciencia no es un problema individual, sino colectivo, y tiene que ver con la posición que se ocupa en las relaciones de producción; pertenece a la clase que produce directamente las cosas y se extraña en ellas bajo el sistema capitalista: el proletariado, el cual debe poseer un cerebro, una cabeza colectiva que sea su organización de vanguardia, el instrumento para su desenajenación radical. El intelectual, como Marx, puede organizar la conciencia del proletariado en la teoría, pero ésta deviene realmente vanguardia cuando se transforma en colectiva y no sólo se piensa por y para el proletariado, cosa que el pensador puede hacer individualmente, sino *con* el proletariado, cuando deviene en *conciencia organizada*. Sin ésta no hay revolución: “Luego, el problema sustancial de nuestra época, el problema mismo de la humanidad, se cifra en el punto donde se expresan las relaciones ideológicas más elevadas de la conciencia colectiva: el Partido.”¹⁴

Por otro lado, afirmar que la de Revueltas fue una real vocación filosófica, no implica nunca afirmar que sea fácil encontrar esta vocación o que ésta se haya logrado plenamente. Por el contrario, el carácter abstracto y en ocasiones más bien oscuro (aunque ya se sabe que la claridad no es precisamente el fuerte del filósofo) de sus pensamientos, sus reflexiones a veces poco ordenadas y con frecuencia apegadas a una terminología y un método más hegeliano que marxista (aunque es muy seguro que el gran heterodoxo que siempre fue Revueltas aceptaría esta afirmación más bien como un elogio que como un reproche), todo esto dificulta encontrar, en una primera lectura o en una lectura superficial, las dotes que

¹⁴ *Ensayo...*, p. 7.

poseía para la investigación filosófica.

Para Revueltas, pues, la clase obrera mexicana ha carecido, históricamente, de una conciencia de clase propia, de una ideología proletaria que le permita desarrollar una política específica, una lucha acorde consigo misma. El proletariado se ha extrañado a sí mismo en la ideología burguesa. En este punto, a mi juicio, Revueltas no utiliza una terminología correcta, al calificar a la burguesía del país como una burguesía nacional. En el análisis de las clases de un país dependiente, lo que la teoría política entiende por burguesía nacional es aquella clase o fracción de clase que, debido a sus contradicciones profundas con el imperialismo, desarrolla una política nacionalista y progresista, cuyos intereses específicos coinciden por tanto parcialmente con los intereses del proletariado y la necesidad de una alianza se impone objetivamente. Pero lo que Revueltas demuestra es, justamente, que la burguesía local, desde hace mucho, es una burguesía reaccionaria como reaccionario es el aparato estatal mexicano. No veo entonces por qué no la llama simplemente burguesía mexicana, aunque como quiera que sea, la caracterización que hace de ella y su ideología son correctas.

Pero ¿es que la clase obrera mexicana nunca ha tenido, a lo largo de la revolución mexicana, representantes ideológicos desde posiciones proletarias?, se pregunta Revueltas, y contesta a continuación: la representación original de la clase obrera, en los primeros años revolucionarios, no se encuentra en sujetos marxistas sino en revolucionarios que, *después*, derivaron hacia el anarcosindicalismo. Tal es el caso de Ricardo Flores Magón y sus huestes. Pero, aun ya convertidos al anarcosindicalismo, en los magonistas encuentra el proletariado unos representantes “instintivos”, justamente por no haber sabido elevar la lucha a los terrenos propios de la ideología proletaria, el marxismo; sin embargo, supieron sostener como una exigencia de principio la independencia absoluta de la clase respecto de la burguesía, rescatando así el meollo mismo que diferencia lo que es de lo que no es revolucionario. Revolucionario es quien participa en la lucha de clases al lado de los proletarios; esta verdad, aparentemente tan elemental, es olvidada —o pasada por alto conscientemente— muy a menudo por estudiosos del marxismo, pero subsiste como el punto por excelencia de definición, y ninguna teoría, ninguna especulación por más sofisticada que sea, puede ostentarse como revolucionaria, a título marxista, haciendo a un lado este punto central.

A este respecto, José Revueltas fue siempre lo que Gramsci llamaría un “intelectual orgánico” de la clase obrera, es decir, un hombre que puso consciente y voluntariamente su inteligencia al servicio de la clase, que hizo del ejercicio de la inteligencia, de modo permanente y no ocasional, una herramienta para realizar “el análisis concreto de la situación concreta”. De tal modo que, a mi juicio, lo más importante del *Ensayo* es una afirmación que

en México refrenda diario su vigencia: la clase obrera deberá hacer a la burguesía la concurrencia política, de un modo *absolutamente independiente* y orientada por su propia ideología y su propio partido: este es el camino para arrebatárle el poder construir el socialismo.

La historia del país, ulterior al *Ensayo*, y sobre todo la de los últimos cinco años, no hace más que reafirmar el desarrollo en el sentido de sus observaciones. El peso específico de la clase obrera *se* hace cada vez más determinante: económicamente en el sentido de una mayor densidad y un mayor crecimiento, aunado a una progresiva depauperización que aumenta la tasa de explotación y la ha obligado a ceder una cuota mayor de plusvalía a un capital cada vez más concentrado en grandes monopolios; en el aspecto político, en una tendencia cada vez más acusada a la conquista de su independencia sindical, requisito necesario para la obtención de su independencia definitiva como clase. No hay duda: la izquierda en México gravita ya, y cada vez más, en torno al movimiento obrero, que ha llegado a ser el eje desde el cual se abre el abanico político mexicano con sus líneas fundamentales: el gobierno, la burguesía y la izquierda.

Recuerdo que la última actividad masiva en la que participó Revueltas fue la manifestación en apoyo a la *Tendencia Democrática* del 15 de noviembre del año pasado. Una fotografía perpetuó su imagen: Revueltas sonrío desde un rostro pálido, marcado por sucesivas y feroces enfermedades y sostiene en sus manos una bandera del Sindicato de Personal Académico de la UNAM. Un poco antes de iniciar la marcha, defendió con calor el apoyo a la *Tendencia*. Sostenía que su lucha dotaba a la izquierda de enormes posibilidades prácticas y concretas para afirmar conquistas políticas de primer orden, advertía contra un análisis superficial que la tildara de lucha reformista, empeñada sólo en conquistar la hegemonía en favor de una camarilla sindical que desplazara a otra; argumentaba, en fin, en favor de la oportunidad que tenía la izquierda mexicana para hacer del proletariado real un punto de encuentro entre la teoría y la práctica.

Sin embargo, su estado de salud le impidió participar activa y permanentemente. De hecho, desde que salió de la cárcel en junio de 1971, unos cuantos días antes de la matanza del 10, su actividad política se concretó a dictar conferencias y participar en mesas redondas, además de la redacción eventual de algunos trabajos políticos. El gobierno lograba paulatinamente sus propósitos: reducir al silencio a este intelectual que, lo sabía la propia burocracia, jamás dejaría de ser un intelectual orgánico del proletariado, por más que ella, entre cárcel y cárcel, entre persecución y persecución, tratara de acercárselo con halagos oficiales.

Así, nos parece significativo de la actitud del poder ante José Revueltas, el hecho paradójico

—aparentemente— de que por un lado lo declarase delincuente y por otro ese mismo día lo invitase a una ceremonia oficial del más alto rango. En la anécdota referida al principio yo veo un símbolo. En esta actitud se concentra, de un modo simultáneo, la doble cara, contradictoria pero complementaria, que muestra el Estado no ya ante un solo hombre, sino ante el conjunto de la sociedad civil: concesiones y represión. Cuando puede mantener en la órbita de su hegemonía a sectores y clases sociales a base de concesiones (que en el caso de las personas, los intelectuales por ejemplo, pueden llegar inclusive al pródigo reparto de canonjías) emanadas unilateralmente desde las alturas del poder, la cara de la violencia represiva permanece en las sombras, pero siempre dispuesta a mostrarse tal cual al menor intento de esos sectores por emanciparse y liberarse meridianamente de la tutela oficial.

He mencionado ya la que me parece la principal afirmación de Revueltas en el *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*: la independencia ideológica y política de la clase obrera respecto del poder, como una condición de posibilidad de su emancipación definitiva. Me parece que es en el marco de esta afirmación donde debe ubicarse otra tesis central de Revueltas, la de la inexistencia histórica del Partido Comunista Mexicano. El partido no existe —por más que se haya visto empeñado en luchas heroicas que Revueltas es el primero en reconocer— como conciencia organizada de la clase obrera, como su destacamento de vanguardia. Es a partir de esta idea que debe considerarse su militancia espartaquista,¹⁵ que corre de 1957 a 1963; éste es casi el último intento de Revueltas, primero desde el seno del propio Partido Comunista, después en el Partido Obrero-Campesino Mexicano y en la Liga Leninista Espartaco, por dotar al proletariado mexicano de un auténtico organismo de clase, desde una postura militante en una organización política específica. Y digo “casi”, porque todavía en Lecumberri intentó militar en el Grupo Comunista Internacionalista, de filiación trotskista, pero muy pronto se separa de él cuando sus compañeros no lo aceptan como un militante plenamente comprometido, sino como —según sus propias palabras— un “Bertrand Russell de huarache”, afirmación en la que una vez se condensa su terca, desesperada necesidad de ser un revolucionario cabal y no sólo un “intelectual progresista”. Con todo, estaba muy lejos de su ánimo radicalmente antisectario el menor asomo de subestimación para las personalidades democráticas; así lo demuestra, por ejemplo, la simpatía con la que hablaba del “arcipreste”, refiriéndose al obispo de Cuernavaca, Sergio Méndez Arceo.

El espartaquismo, que no era otra cosa que la lucha por el partido de la clase obrera, no sé

¹⁵ Sobre este punto se puede consultar un buen trabajo de Enrique González Rojo, “Homenaje a José Revueltas, su obra política”, en el periódico *Los Universitarios*, n. 70-71, 15-30 de abril de 1976, Dirección General de Difusión Cultural de la UNAM.

si deba ser visto como lo ve Enrique González Rojo:¹⁶ la aportación esencial de José Revueltas en lo que a su actividad literario-política se refiere, creo que es la respuesta concreta que en ese momento encontraron Revueltas y sus camaradas de la célula Carlos Marx, incluido González Rojo, ante la inexistencia del partido obrero, para intentar organizar la conciencia y la práctica marxistas del proletariado. Sí, creo que el espartaquismo se desarrolló, *prácticamente*, como una tendencia más bien ideológica al margen de las condiciones reales de desarrollo del país y sobre todo de desarrollo del movimiento obrero, al que precisamente querían dotar de su “cerebro colectivo”.

Al fallar un punto de vista *político*, que incidiera en la práctica concreta de la situación concreta, el espartaquismo se confina, muchas veces, en los límites de una lucha ideológica nebulosa que terminaría por revertirse hacia el interior, en polémicas a propósito, pongo un ejemplo, de si era “inexistencia” o “irrealidad” el término que debía aplicarse al PCM. Pero este crecimiento al margen de las condiciones objetivas del país tenía a mi juicio una determinante también objetiva que el espartaquismo no pudo remontar. El estado de frustración política en el que se paralizó la izquierda después de la represión lopezmateísta al movimiento ferrocarrilero, nada tenía que ver con el número de militantes o la propaganda desplegada, sino con la *efectividad* política. Esto explica, de paso, el fracaso no sólo de un pequeño organismo de comunistas como lo era la Liga, sino de una organización de masas como lo fue el Movimiento de Liberación Nacional.

En el mismo artículo de González Rojo, éste piensa que José Revueltas, “desilusionado frente a la crisis de la Liga Espartaco, relega sus posiciones espartaquistas a segundo plano o las olvida transitoriamente al no hallar la forma de realizarlas y emprende la búsqueda de nuevos caminos. (Movimiento estudiantil, autogestión, etcétera.)”¹⁷ Estas líneas sugieren que el movimiento estudiantil de 1968 y el papel que quería Revueltas que la autogestión jugara en el mismo, se le ofrecieran como sustitutos de la teoría del espartaquismo. Yo creo que esto no es así. Lo que ocurrió en realidad fue que Revueltas observó claramente que, si bien el movimiento del 68 era fundamentalmente estudiantil por su composición, sus objetivos declarados ni siquiera aludían a reivindicaciones académicas, sino que tocaban una exigencia popular esencial para México: la exigencia de democratización de las estructuras políticas autoritarias. Me parece que a Revueltas le resultaba obvio que el movimiento estudiantil no podía ponerse en el lugar, ni mucho menos, de la construcción del partido, ésta siguió siendo hasta el final su concepción estratégica fundamental para la izquierda mexicana, pero se dio

¹⁶ Ibid., p. 4.

¹⁷ Ibid., p. 6.

cuenta, precisamente, de que tal construcción pasaba por la adhesión y participación de los marxistas a >s movimientos concretos que expresaban la intención de lograr conquistas políticas populares. Tal intención, en un país como México, ha implicado enfrentar, políticamente, a la totalidad el Estado autoritario, es decir, toda reivindicación democrática ha llevado inscrita, de manera inherente, la necesidad de un cambio radical y, con ello, la necesidad del socialismo. Esta necesidad opera para el movimiento del 68 así como para la opción que ofrece la Tendencia Democrática.

Pero hay algo más. Revueltas desmiente expresamente la posible sustitución de la construcción del partido por la autogestión:

La Universidad como conciencia autocrítica del proceso histórico, conciencia puesta en marcha por la *autogestión* [subrayado de JR], no pretende suplantar los factores objetivos y subjetivos de dicho proceso —hombres, *partidos* [subrayado mío], clases sociales— y hacer sus veces, no.¹⁸

Pero si José Revueltas, como decíamos anteriormente, no pudo ya participar en el movimiento de la Tendencia Democrática, sí participó intensamente en el movimiento ferrocarrilero de 1958-59. En aquellos años se encontraba en el apogeo de sus capacidades intelectuales, cuatro años antes de la aparición del *Ensayo* (su más importante contribución política) y seis antes de publicarse *Los errores* (una de sus más importantes creaciones literarias). Fruto de esa participación, como miembro aún del PCM, aunque publicado después de su expulsión del mismo, es el artículo llamado “Enseñanzas de una derrota”.¹⁹ En él Revueltas afirma, desde un principio, el doble carácter que la lucha ferrocarrilera presentaba, es decir, el carácter económico: “El movimiento ferrocarrilero se inició como una lucha espontánea y rápidamente generalizada por el aumento de salarios”, y el carácter político: “y un repudio unánime, también espontáneo, en contra de los líderes corrompidos que manejaban el sindicato”.²⁰

Pero, además, afirma ya la tesis central que más tarde desarrollará en el *Ensayo*, la necesidad de la independencia de la clase obrera:

En el movimiento ferrocarrilero se debatía esencialmente la cuestión de la independencia de

¹⁸ *Consideraciones sobre la autogestión académica*, folleto. Ed. Anteo, México, 1969, p. 15.

¹⁹ Revista *Revolución*, n. 4, Morelia, Mich. pp. 7-20.

²⁰ *Ibid.* p. 11.

la clase obrera; este era el *contenido interno* de la lucha, porque al mismo tiempo era (y es) la tarea más importante en México durante la etapa actual del desarrollo.²¹

Sin embargo, la independencia de la clase obrera no pudo conservarse debido a la carencia de un verdadero partido proletario, debilidad esencial del movimiento ferrocarrilero en particular y del movimiento obrero en general.

Quiero hacer notar que las tesis fundamentales desarrolladas en el *Ensayo* no son producto de la especulación ajena a los hechos, sino consecuencia directa de estos mismos. En este sentido se puede observar la enorme importancia que tuvo para Revueltas el movimiento ferrocarrilero. Para él, jamás había “exceso de teoría”, puesto que la teoría o lo es de los hechos, derivando de éstos las consecuencias necesarias, o es simple y llanamente mistificación, conciencia interesada, ideología. La crítica de Revueltas apunta pues al contenido real de la historia del país, al mismo tiempo que a toda manifestación ideológica, tanto si proviene de la clase dominante como de la dirección reformista y adulterada del movimiento obrero. José Revueltas vivió y murió sin hacer concesiones.

Estas notas no deben verse sino como un acercamiento a una parte de la obra política de Revueltas; dejan para otra ocasión algunos problemas filosóficos y políticos planteados en sus últimos años, así como el problema, central para una crítica totalizadora del escritor, de las relaciones entre sus posturas filosóficas y políticas y su literatura: los cuentos y las novelas en los que expresó las lacerantes contradicciones sociales e individuales de su época. Revueltas el escritor es por cierto separable del Revueltas teórico, pero esta separación equivaldría siempre a mutilar al Revueltas entero, a uno de los mexicanos más íntegros en todos los sentidos de la palabra. Él fue lo más alejado al modelo de intelectual que nos describe, “torturado de la manera más increíble por el infierno de la vanidad”, y como tal, jamás vivía pendiente del reconocimiento a su falta de reconocimiento a su obra; sin embargo sabía, no podía no saberlo, que ella contenía una pasión aleccionadora en más de un sentido. Por eso conmovía y se entendía que ese ser, estoico como pocos, se quejara a menudo de que “los jóvenes no lo leían”. Por fortuna, las cosas cambiaron los últimos años de su vida, y él mismo pudo asistir a una cada vez mayor atención de esos jóvenes hacia las ediciones y reediciones de sus obras. De ellos deben esperarse las mejores críticas que a su tiempo vendrán. Este será un buen homenaje que se puede hacer a su memoria.

²¹ Ibid., p. 18.